

cómo desde el Gobierno de Uribe, en particular desde el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS), creado para la protección del presidente y para labores de inteligencia, se hacían seguimientos y espionaje en contra de los magistrados y magistradas de la Corte Suprema, incluido Velásquez, y de activistas de derechos humanos, algunos de los cuales fueron asesinados por miembros del DAS. Las *chuzadas* tenían como fin recoger información de las actividades de los magistrados y magistradas para poder desprestigiarles o amenazarles y así impedir el desarrollo de su labor investigadora. Al final, el trabajo de periodistas como Ricardo Calderón, jefe de investigaciones de la *Revista Semana*, permitió desvelar la trama de corrupción creada desde el Gobierno nacional y señalar a los y las responsables. Como consecuencia de estas investigaciones se descubrió la participación del DAS, al punto de que su directora fue condenada a pena de prisión por este delito.

El trabajo de investigación de McFarland es bastante exhaustivo y contribuye, alrededor de la historia de tres personas, a destacar el papel que la Justicia, la prensa y los y las defensoras de derechos humanos juegan en la defensa de la democracia y de los derechos humanos en el país. Con su trabajo, permiten que la verdad surja a la luz y que la negación de estos crímenes no sea más posible.

---

## **El terrorismo yihadista: un final aún no contemplado**

DOI: [doi.org/10.24241/rcai.2019.121.1.240](https://doi.org/10.24241/rcai.2019.121.1.240)

Alfredo Crespo Alcázar  
*Vicepresidente 2º, Asociación de Diplomados Españoles en Seguridad y Defensa (ADESyD); profesor, Universidad Antonio de Nebrija*

Wright, Lawrence

### **Los años del terror. De Al Qaeda al Estado Islámico**

Debate, 2017

477 págs.

Avilés, Juan

### **Historia del terrorismo yihadista: de Al Qaeda al Daesh**

Síntesis, 2017

248 págs.

Tarín Sanz, Adrián

### **La yihad en Rusia. De Emirato del Cáucaso al Estado Islámico**

Icaria, 2017

159 págs.

Las cuestiones relacionadas con la seguridad ocupan en la actualidad posiciones de jerarquía en las agendas de los gobiernos nacionales, los entes subnacionales y las organizaciones internacionales. En consecuencia, trasladarlas con objetividad a la sociedad supone una tarea compleja tanto para los medios de comunicación como para los especialistas académicos. Los primeros porque pueden incurrir en comportamientos buenistas y sensacio-

nalistas que desnaturalicen la gravedad de la amenaza. Los segundos porque pueden apelar a un metalenguaje inaccesible para gran parte de la opinión pública. Las tres obras que analizamos no caen en ninguno de estos dos riesgos. Por el contrario, sus autores parten de un conocimiento sobresaliente de su objeto de estudio, como corrobora el ingente apartado de fuentes y de bibliografía, que transmiten con precisión al lector. Asimismo, este rasgo no entra contradicción con el rigor de sus análisis ni con las conclusiones que extraen de los mismos.

No obstante, sí que se detectan algunas diferencias entre las tres obras. Por un lado, en la de Lawrence Wright predomina un estilo más periodístico, como se observa, por ejemplo, en las entrevistas realizadas a los diferentes personajes que transitan por el libro (desde miembros de fuerzas y cuerpos de seguridad de Estados Unidos, hasta representantes de la sociedad civil de los países musulmanes en los que residió y se documentó). Por otro lado, en las de Tarín y Avilés percibimos una mayor presencia de la historia, la geopolítica y la ciencia política, así como una exposición cronológica que ordena el contenido. Gracias a esta metodología, el Dr. Avilés nos acerca los orígenes de la yihad, la dialéctica del enemigo lejano (Occidente, Rusia) versus el enemigo cercano (países musulmanes) y las teorías de tres referentes clave en el desarrollo de Al Qaeda y la organización Estado Islámico (EI): Sayyid Qutb, que sos-

tenía que las sociedades musulmanas habían entregado el poder legislativo a los hombres, cuando este pertenece a Dios en exclusiva; Muhammad Abd al Salam Faraj, partidario de combatir al enemigo cercano antes que al lejano, y Abdullah Azzam, quien efectuó un llamamiento a los musulmanes de todos los países para que combatieran contra la URSS en la guerra de Afganistán.

Por su parte, a Adrián Tarín esta metodología le permite explicar cómo el conflicto de Chechenia mutó de uno de carácter político y estrictamente separatista, a otro de tipo religioso, con una rama chechena leal a Al Qaeda (el Emirato del Cáucaso) y otra que rinde pleitesía al EI (Vilayat Kavkaz). Para ello, el Dr. Tarín realiza un recorrido breve pero necesario exponiendo cómo había transcurrido la vida de esta república durante las décadas de existencia de la URSS, subrayando su carácter laico. Este rasgo también se advirtió en el inicial nacionalismo impulsado por el primer presidente de Chechenia, Dzhogar Dudayev (de hecho, exoficial del Ejército soviético) y su sucesor, Aslán Masjadov. En consecuencia, nada hacía presagiar durante la década de los noventa del pasado siglo y los primeros años del siglo XXI que en Chechenia, y por extensión en el Cáucaso, pudiese surgir un movimiento yihadista capaz de desafiar a la propia Rusia. Una de las razones principales de esta transformación la hallamos en el final de la Guerra de Afganistán, lo que suscitó la consiguiente diáspora muyaidín que encontró acomodo en aquellos enclaves

geográficos caracterizados por la debilidad institucional. Chechenia fue uno de ellos, acentuándose esta característica estructural tras la guerra librada contra Rusia entre 1994 y 1996, cuando el caos y la delincuencia formaron parte principal del paisaje checheno, dificultando la labor gubernamental. Asimismo, ni desde Moscú ni desde la comunidad internacional se puso especial énfasis en finiquitar dicho escenario.

Las tres obras efectúan una adecuada labor de contextualización y, en particular las de Wright y Avilés, señalan los antecedentes del terrorismo yihadista con una finalidad muy concreta: ilustrar que este no apareció el 11-S de 2001. Por el contrario, había dado evidentes síntomas de su letalidad a lo largo de los años noventa del siglo xx, como demostraron los atentados perpetrados contra intereses norteamericanos en Kenia y Tanzania. A partir de esta observación, los tres autores conceden el máximo protagonismo a las dos organizaciones que mayor letalidad han demostrado en las últimas décadas, Al Qaeda y EI, además de diseccionar el credo ideológico de sus principales referentes. En íntima relación con esta idea, cabe subrayar otra que aparece en los tres libros: el análisis de las relaciones mantenidas entre ambas organizaciones, subrayando el carácter conflictivo que ha predominado en las mismas.

Lawrence Wright y Tarín introducen algunas cuestiones clave como los debates que se han producido tanto

a nivel global como de manera más particular en Estados Unidos y en Rusia acerca de la dialéctica seguridad versus libertad. Dicho con otras palabras, encaran cuestiones como el respeto de los derechos humanos como uno de los ejes de referencia sobre los que debería pivotar la lucha contra el terrorismo. En este sentido, Tarín aborda la forma en que Putin ha combatido el terrorismo en Chechenia (y por extensión, en el Cáucaso) a través del binomio represión-*chechenización* que, lejos de solventar el problema, lo trasladó a regiones colindantes, como la República de Daguestán, al mismo tiempo que en Grozni establecía un gobierno leal a Moscú encabezado por Kadírov, caracterizado por el autoritarismo y por un lenguaje que resulta un calco al empleado por Putin «quien mató a nuestro ciudadano no debe vivir. Le enviaremos al otro mundo, le daremos un pasaje de ida» (p. 110).

El atractivo del terrorismo y de los grupos terroristas también ocupa un lugar destacado en las tres obras analizadas. Mostrar la debilidad del enemigo, lejano o cercano, supone una herramienta eficaz para la captación de nuevos miembros por las organizaciones terroristas. EI y Al Qaeda corroboran esta afirmación. Al respecto, Lawrence Wright señala que el 11-S permitió a Osama Bin Laden lanzar un mensaje cuyo tema central era la vulnerabilidad de Estados Unidos, lo que facilitó que muchos musulmanes se unieran a la organización terrorista liderada y patrocinada económicamen-

te por el millonario saudí. En íntima relación con esta idea, Wright alude a la proliferación en Occidente de organizaciones terroristas que afirmaban formar parte de Al Qaeda. Este fenómeno se mantiene inalterable en la actualidad en Europa con atentados cometidos por los denominados «lobos solitarios», quienes tienden a reivindicarlos en nombre de EI. Este hecho corrobora una de las máximas sostenidas por el Dr. Avilés: «se trató de ataques fáciles de organizar y realizados por residentes locales. Ello supone una amenaza difusa, preocupante por la dificultad que implica identificar a los agresores potenciales, que pueden mantener un perfil muy bajo hasta el momento del crimen» (p. 202). En el Cáucaso, la toma de Mosul y Tikrit por la organización EI supuso una fuga inmediata de yihadistas caucásicos (y, por tanto, rusos) con destino a tierras sirias, lo que restaba eficacia a la lucha mantenida contra Rusia. No obstante, debe profundizarse en ese atractivo que hizo que durante el período 2014-2017 ciudadanos de diferentes países europeos, en su mayoría musulmanes de segundas y terceras generaciones cuya relación con el islam había sido mínima hasta entonces, decidieran viajar a Siria. Al respecto, la comunicación o, por mejor decir, el manejo de las nuevas tecnologías de la información y de las redes sociales por EI, resultó una herramienta de captación notablemente poderosa.

Con todo ello, con la irrupción y consolidación de la organización EI a

partir de 2014 se inició un incremento de atentados terroristas. Con respecto a Al Qaeda, EI introdujo ciertas novedades que multiplicaron la letalidad sus acciones liberticidas, destacando en este sentido la financiación vía secuestros y petróleo o la férrea centralización organizativa, características que expone Juan Avilés. Por su parte, Lawrence Wright, cuando explica las mismas, sostiene que a EI resulta más apropiado llamarlo proto-Estado que grupo terrorista; un proto-Estado que usa el terror como herramienta de gobierno, sentencia el autor norteamericano.

Los tres autores coinciden en la capacidad de supervivencia del terrorismo yihadista y la obligatoriedad de rechazar el triunfalismo. Para Juan Avilés, la pérdida del territorio del califato no supone necesariamente la desaparición de la organización EI «porque puede mantenerse como una organización puramente terrorista» (p.189). De hecho, el pasado reciente ofrece pruebas evidentes que invitan a rechazar cualquier final del terrorismo vinculado, por ejemplo, a la eliminación física de alguno de sus líderes carismáticos como sucedió con Al Qaeda tras la muerte de Bin Laden, asunto en el que profundiza Lawrence Wright. Asimismo, añade que el terrorismo tiene capacidad para adaptarse a situaciones complejas para su existencia (pérdida de apoyo social entre aquellos sectores en cuyos intereses dice actuar o golpes asestados por las fuerzas y cuerpos de seguridad). Además, los grupos terroristas

siempre van a encontrar una excusa para reanudar sus actividades liberticidas. Al respecto, Avilés y Wright señalan que, si bien la intervención de Estados Unidos en Afganistán privó a Al Qaeda de su santuario, la posterior intervención en Irak sirvió para revitalizar a la citada organización terrorista. Más en concreto, para el profesor Juan Avilés, Estados Unidos fue incapaz de ofrecer una respuesta eficaz a los problemas que generaba ese Irak pos-Saddam Hussein y el recurso preferente a la represión practicado por el Gobierno de Al Maliki favoreció la adscripción a la causa yihadista, como refrendó la consolidación de la organización EI en los últimos años de la segunda Presidencia de Barack Obama.

Como hemos indicado, esta aparición de la organización EI también generó repercusiones en el Cáucaso, poniendo de manifiesto el carácter global del terrorismo yihadista. En efecto, obligó al Emirato del Cáucaso a elegir a quién rendir lealtad, bien a EI, bien a Al Qaeda, suscitando el consiguiente conflicto: «la confrontación en Siria fue una invitación al yihadismo internacional a que se decantasen por una adscripción u otra, y pocos grupos han permanecido verdaderamente al margen» (p. 120), sentencia Tarín Sanz. De hecho, significativo resulta el actual panorama en el Cáucaso donde se ha percibido un descenso del número de atentados debido al rol desempeñado por las fuerzas y cuerpos de seguridad de Rusia, así como por la marcha a

Siria de numerosos yihadistas, lo que dejó en una situación muy precaria tanto al Emirato del Cáucaso como a Vilayat Kavkaz. Sin embargo, aún reconociendo este escenario, Adrián Tarín se muestra muy precavido con respecto al futuro y para ello plantea algunos escenarios fundamentales. Por un lado, el regreso al Cáucaso de aquellos combatientes que acudieron a Siria, los cuales volverán con mejor nivel de adiestramiento y, por tanto, con mayor capacidad para atentar. Por otro lado, a imitación de lo que ocurre en Europa Occidental, no debe descartarse la proliferación de los «lobos solitarios». En última instancia, los excesos del Gobierno de Kadírov en Chechenia y la pobreza endémica de Daguestán suponen un catalizador para el desarrollo del yihadismo.

Tres obras sobresalientes y rigurosas que diseccionan con precisión un fenómeno tan complejo como es el terrorismo yihadista, en las que no se observa equidistancia o condescendencia en el tratamiento hacia el mismo. Wright, Tarín y Avilés desarrollan las características de las organizaciones que se han constituido como exponentes de este tipo de terrorismo, mostrando sus diferencias, semejanzas e interacciones. La organización EI y Al Qaeda se mantienen activas en la actualidad, con lo que resulta atrevida cualquier afirmación que sostenga que han sido derrotadas de una manera definitiva, una idea fundamental que permea por los tres libros.